

Prólogo

Era un día soleado de marzo. Yanira volvía a casa dando pequeños saltos por la acera gris mientras tarareaba una canción muy conocida: Cumpleaños feliz. Y es que ese día era su séptimo cumpleaños y estaba muy contenta.

Eran las dos y diez del mediodía y había tenido una jornada increíble en el colegio. Todos sus amigos le habían cantado Cumpleaños feliz mientras ella soplabas las velas imaginarias del pastel que había llevado a clase para compartir con todos. Los niños le habían hecho cada uno un dibujo que la profesora recogió una hora después. Los cosió entre sí por el margen izquierdo con un grueso hilo de lana rosa, y se lo entregó. En ese momento lo llevaba en la mano en lugar de en la mochila, que se balanceaba en su espalda al ritmo de sus alegres saltos.

Había quedado como un bonito cuaderno. La tapa era una cartulina verde en la que su profesora había dibujado una tarta y había escrito con un rotulador azul permanente: Feliz cumpleaños, Yanira.

Al cabo de menos de cinco minutos, su casa apareció al

fondo de la calle. Una vez más, como tantas otras, se quedó observándola unos instantes.

Ella no vivía en una casa normal, lo sabía. Era una casa muy grande, prácticamente una mansión. Daba una impresión solemne que a la niña siempre la impresionaba. Era antigua, una mansión burguesa que apenas había sufrido remodelaciones. A su alrededor, un extenso jardín era cuidado por múltiples jardineros, y ella lo adoraba. Le encantaba pasarse horas bajo la sombra de los centenarios robles, con el césped bajo ella y las coloridas flores rodeándola. Le gustaba estar allí con sus amigos. Y no los del colegio, sino los del jardín: las plantas. Porque podía hablar con ellas, y le respondían, desde luego que sí. Lo había descubierto hacía un año y medio, pero jamás se lo había contado a nadie, ni siquiera a sus padres, pues sentía que era un gran secreto.

Aunque tampoco pensaba que ellos la fueran a escuchar. No se hacía ese tipo de ilusiones. Sus padres eran personas ricas y ocupadas, y no tenían tiempo para una pequeñez como ella.

Tampoco se quejaba, no es que la dejaran abandonada y no se encargasen de su cuidado. Habían contratado a muchos sirvientes para ella: su cocinera particular, un encargado únicamente de la limpieza de su habitación, un jardinero para las plantas de su terraza, un cuentacuentos para las tardes de los miércoles, una profesora de música para los domingos por la mañana, una compañera de juegos que acudía dos veces por semana, una cuidadora general... La niña estaba muy cuidada. Y tenía muchas cosas: decenas de muñecas, disfraces, puzzles, caramelos, casas de muñecas, ropa, libros de cuentos, peluches, bicicletas, pinturas...

Pero sentía que no tenía a sus padres. Jamás estaba con ellos.

Bueno, quizá estaba exagerando: tenían una hora a la semana especialmente reservada para ella. En esa hora le contaban alguna historia, la cogían en brazos, incluso habían dibujado o visto una película juntos... Hasta la primera media hora.

Entonces siempre aparecía alguien que necesitaba urgentemente la atención de los señores, y a ella la mandaban con algún criado.

Apesadumbrada se retorció una de sus coletas morenas. De repente ya no estaba tan feliz.

Subió los majestuosos escalones de mármol y llegó a la entrada. Cogió una aldaba de oro con su diminuta mano blanca y llamó a la puerta. Esperó. Nada. Volvió a llamar. Nada.

Puso la oreja sobre la gruesa madera. No se oía nada. Un presentimiento demasiado oscuro para su corazón infantil empezó a invadirla. La quietud dentro de aquella casa atestada siempre de gente no era buena señal.

Se apoyó en la puerta, que cedió. Estaba abierta. Qué raro...

Entró con pasos silenciosos y cortos, con el miedo atenazándole la garganta. Dejó la mochila en la entrada, al lado del paragüero, y se deslizó hasta el pasillo principal. No había nadie. Fue a la cocina, al gran salón, al auditorio, al comedor... Nadie en ninguna parte. Sintió un escalofrío. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Siguiendo un instinto oculto, dejó que sus pasos la llevaran hasta la habitación de sus padres. Todo vacío y en orden. Se dio la vuelta cuando iba a salir de allí reparó en que había algo que no encajaba. Uno de los paneles de madera que recubrían la pared no estaba, y en el hueco que había dejado se veía una puerta de hierro. Nunca la había visto.

Avanzó hacia allí. Estaba entreabierta. La empujó y ésta se abrió con un chirrido. Daba paso a unas escaleras descendentes que se retorcían hasta perderlas de vista tras un recodo. Las siguió saltando los escalones de dos en dos, con el corazón cada vez

más acelerado.

Llegó a una sala en semipenumbra, llena de mesas y estanterías.

Estaban abarrotadas de planos, botes y libros.

Pero no había ningún signo que delatara dónde estaba la gente. Entonces vio que había una fila de libros que se habían caído al suelo. O habían sido derribados. Se acercó.

El estante en el que habían estado los libros estaba delante de una placa de hierro. Aturdida, apoyó la palma de la mano en el metal. Vio huellas de otras manos.

Sonó un crujido estremecedor y la estantería de al lado se movió sobre unos railes en los que no había reparado.

Cuando se apartó del todo, dejó al descubierto un agujero rectangular en la pared. Lo atravesó.

Era una habitación más pequeña que la anterior. Entró y se quedó sin aliento: la sala, casi vacía, estaba cubierta por un visible rastro de violencia y sangre por todas partes.

Sin poderlo soportar, corrió a toda velocidad deshaciendo el camino recorrido. Cuando estaba en la habitación de sus padres, cogió el panel de madera y lo colocó en su sitio. Éste se adhirió a la puerta de hierro como si un imán tirase de él. Poco después, no quedaba vestigio del pasadizo secreto.

Salió de la habitación corriendo. No sabía porqué lo había hecho, pero sentía que nadie podía saber lo de esa sala. Al igual que lo del idioma que sólo ella conocía, sabía que no podía ser descubierto por los demás.

Entonces oyó un llanto. Era el llanto de una planta y provenía de su habitación.

Cambió bruscamente la dirección de su carrera y aumentó la velocidad. Llegó a la puerta en forma de arco que le pertenecía, la abrió. Se quedó sin respiración. Todo su dormitorio estaba destrozado. Los muebles, volcados; las cortinas, desgarradas; los juguetes partidos o esparcidos de cualquier manera. Había

sangre por todos lados.

La pequeña planta estaba en el centro. Habían volcado su maceta y cortado su tallo. Sólo unas fibras unían la parte superior de su tallo con la inferior.

Se arrodilló junto a ella y le tocó una hoja con un dedo tembloroso.

La plantita sólo pudo alzar la hoja, señalar la pared a la espalda de la niña y decir con su último aliento:

- Cuidado.

Y murió.

Ella volvió la cabeza asustada. Quizá esperaba encontrarse con un asesino a punto de lanzarse sobre ella; tal vez los cuerpos de sus padres o de algún criado. Quizá una nueva puerta. Pero no esperaba lo que vio.

Había mucha más sangre en esa pared que en el resto de la habitación. Pero no eran manchas sin más. Habían escrito un mensaje.

No estaba en ningún idioma que conociese, pero de alguna forma supo que iba dirigido a ella y que era una amenaza. Tal vez poseyese un sexto sentido. O tal vez fuese algo más.

Bajo la frase, estaba la ropa ensangrentada de sus padres.

Una única lágrima brotó de sus ojos. Y ninguna más. Se recostó en una esquina y se abrazó las rodillas.

Cerró los ojos. Y tuvo la certeza de que lo había perdido todo. Que su vida había cambiado y que ella tendría que cambiar.

Fue entonces cuando oyó las sirenas de los coches de la policía a lo lejos.

